



Coordina:
Eduardo G. RICO

El acontecimiento de la semana

Los libros libres

En estos días el libro se ha convertido en protagonista de la vida cultural. Pese a las tesis de Mac Luhan, y a la invasión de los medios audiovisuales, el libro continúa siendo el fiel amigo del hombre, su confidente. (Tenga siempre un libro a mano y no se aburrirá, no estará solo.)

El salón del libro parece un nombre pretencioso, un invento publicístico de la mercadotecnia. ¿Por qué llamarla marketing? Salón del automóvil, de la moda, de los deportes... El salón es un término más moderno, internacional. Más amplio y más frío. Se ha perdido el calor de fiesta, de feria y mercado, esa comunidad entre hombres y cosas: en el madrileño paseo de Recoletos; o en el Retiro; en el barcelonés paseo de Gracia. La feria combina el ocio, el recreo, con el negocio. En el salón, el negocio es el fin.

El libro, no se olvide, es un producto más de la sociedad de consumo, cuyo lema parece ser: «Usar y tirar». Pero el libro no se usa; se lee, se aprende. Lo triste es que hay libros que están concebidos para el «boom» momentáneo y el olvido perpetuo. Es el «best-seller», producto publicitario con la técnica de un jabón, un coche o una estrella de cine. La americanización de la cultura, su colonización es un hecho evidente. Está falta moda, en el argot de un habla internacional, de ejecutivos, economistas, publicitarios, relaciones públicas, y otras invasiones, y hasta en los libros.

Pero el libro verdadero no es sólo un volumen de páginas impresas, con pastas de piel, tela, o rústica; no es una «cosa» para adornar el mueble-bar. Es una vida, una «historia del corazón», que escribiría Aleixandre. Reducirlo a un suceso, la noticia de un lanzamiento maquinado, es convertirlo en burda caricatura, en triste mueca.

Las letras no son sólo creación en soledad, investigación de científicos, divulgación de entendidos o leídos. Es industria y comercio, pujantes en España e Iberoamérica, que mueven dinero, que crean puestos de trabajo. La baratura de los libros de bolsillo no se explican sin este proceso. El libro es más barato si se vende, si su tirada se multiplica por miles, por un millón.

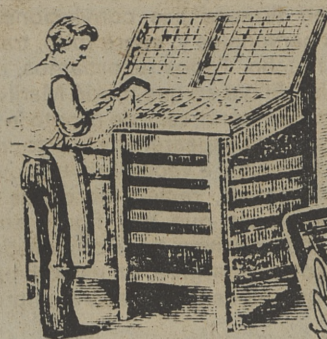
Ahora mismo están apareciendo multinacionales del libro que lo fabrican, venden y distribuyen, en diferentes lenguas, en muchos países. Son fáciles productos que alimentan las demandas alienadas de una sociedad desclasada, manipulada, de gustos primarios y simples necesidades. No es una literatura de folletín, que en el siglo pasado formó la conciencia y despertó las libertades de la clase trabajadora y pequeños burgueses, sino de serial y saldo. Entre aquellos folletines decimonónicos había verdaderos libros y grandes autores. En estas manifestaciones de ahora mismo ¿qué hay?

Los libros, de por sí tranquilos (los hay que tardan siglos en leerse o entenderse), han entrado en una era de competitividad, que en las listas de los más vendidos parecen galgos o caballos de carrera. Sólo falta que inventen eso de «libro de oro», como en la discomanía, por toda la eternidad, para esta vida y la que venga. Un libro que leeremos todos a la misma hora, con la misma música de fondo. Y pobre del que no lo lea, ría y lllore, porque será tachado de «inculto», no moderno, iluminado, libre y otros adjetivos desdeñosos.

Se ven milagros, ficciones e ilusionismo. ¿Cómo es posible que «El nombre de la rosa», de un semiólogo como Umberto Eco o «Memorias de Adriano», de una escritora tan culta, como Margarita Yourcenar, se conviertan en los libros más vendidos, ahora, en este país? Es la metáfora del invento, la certeza de que entre la invasión de libros sólo-tapas, seriales, mixtificaciones, manipulaciones, entrarán algunos libros buenos, libres, por despiste de los censores de esta hora, comunicólogos, asesores, lectores de encargo, publicitarios, ecónomos, pincha-libros y otros estrategas.

¿Qué harán las pequeñas editoriales, las imprentas de artesanía, ante la invasión multinacional? Seguir trabajando en sus primorosas ediciones, en sus cuidados ejemplares. Tal vez cuando pase la marea y las hojas de muchísimos libros se las lleve el viento, no sólo los bibliófilos (esos raros maniáticos), sino también muchos lectores anden buscando los libros vivos, de poetas y pensadores conocidos en el nombre y no leídos. El verdadero milagro de la primavera será comprobar que una edición de unos centenares de ejemplares gane la partida a un «best-seller» de globo y pinchazo.

A. SABUGO ABRIL



«A nivel»
de diccionario

La tenencia ilícita de la palabra

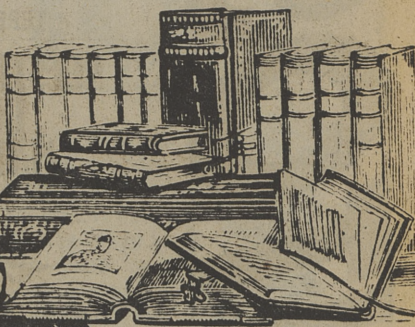
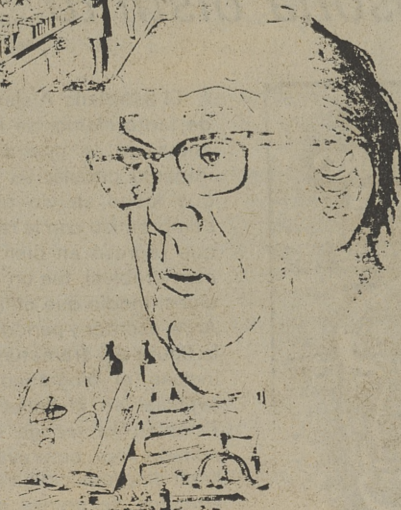
No es que el que suscribe vaya de purista, sino que tiene oído, y así como oye el romper de la ola de atracos, asesinatos y desvalijamientos contra el cuerpo social, así oye el sordo crujir de las puñaladas que gentes de título y posición asestan al idioma, y escucha (y siente) las violaciones, villanías, vejaciones y violencias que, con alevosía de telediarario y desprecio de sensus, ha de soportar, sin día libre, la inocente, cándida, pudorosa lengua castellana (la lengua en sí es modosa; los improperios son asunto de don Pío, y los tacos, un vino generoso que entona y vivifica las páginas de Camilo).

Y tampoco es que uno tenga al castellano como finca propia, con guardas jurados, de bandolera y carabina, pues ya se sabe que una lengua no tiene vallas ni puertas, y consiste en un bien común, una especie de dula de signos en que cada cual paca a su gusto, una suerte de ejido espiritual. O sea que no voy a proponer la canonización de lo castizo; aquí no se trata de la loa de lo rancio, sino de la tenencia ilícita de la palabra, que en pluma, boca y oratoria de famosos, renombrados, ilustres ciudadanos ocurre; y de preguntar a la autoridad competente por qué los antedichos señores tienen licencia para el uso de un arma cuyo empleo exige algún conocimiento y cierto pulso, un arma tan delicada, indefensa (y temible) como la palabra, con la cual el desahogo, el descaro, la nuda ignorancia, a nivel de televisión o de letra impresa, disparan disparates disformes del nueve largo —a veces, en ráfagas—, malhieren oídos, lesionan el buen gusto y ofenden a la cultura, que hasta puede ser algo más que bulla polvorienta, charanga desafinada y parques súbitamente florecidos de vidrios rotos.

Claro que nadie que no sea un imbécil aspirará a recluir la lengua en un fanal o en un medio estéril para preservarla de contaminaciones. Es más, todos y especialmente los que escribimos, tenemos la obligación de descubrir desconocidas emociones, de alumbrar nuevas ideas, por medio de nuevas palabras, con el instrumento de inéditas combinaciones de vocablos, obligación en la que no han desmayado nuestros escritores egregios, pues la escritura de nuestros más esclarecidos autores está sembrada de transgresiones de la norma, de una cierta rebeldía contra la escritura establecida, y de la renuncia al oficio de siervo del castizo. «El casticismo es la peor de las infidelidades.» La ranciedad para el vino, mas no para el tocino ni para el lenguaje. Pero un cantar es que la lengua no se nos corrompa por estancamiento, como las charcas, y otro ese entrar a saco y hacer lo que a uno le dé la ignorancia en el bien común llamado idioma español

Maltratar a la confiada lengua inerte y hacerla trizas debiera estar penado. ¿No hay un proyecto de reforma del código penal? Pues acaso conviniera ir pensando en incluirle un artículo por virtud del cual se sancionara con parejo rigor el atropello, con automóvil, de una anciana venerable, y el destrozo, con barbaridad, de una vieja bien conservada a quien llamamos lengua castellana.

La defensa de los infractores de la norma lingüística suele explicar los trallazos y aun las palizas que sus patrocinados sacuden a la desvalida lengua, con el achaque de que los autores de la acometida se proponen la benemérita labor de minar un caduco sistema de valores. Pero, ni con un cristal de aumento, logra uno ver por ningún lado las sutiles relaciones entre la axiología y los motivos por los cuales el locutor nos «informa que en este momento el número ocho agrade al árbitro»; ni la arcana correspondencia entre el particular juego de estimaciones de un periodista y el hecho de que se arroje a escribir que «la inundación asola el barrio viejo»; mientras la avispada especialista en cuestiones parlamentarias nos desvela que «el Partido Socialista,



con sus doscientos y muchos diputados detenta el poder absoluto). Aunque, bien miradas las cosas de la agresión al castellano, en función de una más extensa y contundente embestida a las clases, ideas y cultura dominantes, cabe admitir que el filósofo en boga pretenda realmente aniquilar el juego de valores de la burguesía, con la fuerza destructora de una frase como ésta: «Los emigrantes en Francia también son concenidos» (equivalente a mil kilotonnes). Puede que los diarios, inacabables, infinitos desgarros que gentes de corbata (¡quién lo diría!) producen al idioma ocurran con buen fin, con el loable propósito de lograr un mundo de corazones más lindantes de átomos domésticos, como gatos de uranio. Pero uno alberga la sospecha de que esa algarabía no pretenda nada que tenga que ver con la revolución, con la rotura de moldes y su inherente aspiración a crear nuevas formas, pues acaso todo este barullo léxico no es sino la manifestación de una crasa insipiente disfrazada del engolado desdén de un señor que, al cabo de cinco años de carrera más bachiller, ignora la existencia de dos verbos «asolar», que «agrede» es verbo defectivo y que, mientras una de las características de «haber» es su impersonalidad frecuente, para ir desde «ostentar» a «detentar» hay que andarse un gran trecho significativo.

Así las cosas del negocio verbal, el ciudadano discreto se considera con motivos suficientes para dudar de la honradez del ministro que no para de incidir, y no está muy seguro de que el señor diputado, desde su posicionamiento, divise con mediana claridad la problemática del país, en que una serie de hechos trascendente han ocurrido, de ayer a hoy.

Porque tiempo y espacio apremian no nos paramos a mirar desde la óptica o desde la perspectiva, con lo que ello comporta o conlleva de gerundios del calado de «El señor ministro bajó del avión durmiendo en el hotel del aeropuerto», o del calibre de «La famosa actriz se quedó desnuda bajando las persianas». Pero aún nos quedan unas líneas para advertir a los señores parlamentarios que ojo con entrar por el de que a ciertas oraciones, las cuales ejercen de objeto directo: el resbalón es seguro, y de cuidado la fractura de sintaxis.

Al pronto, se nos ocurre ofrecer una alternativa a los chapuceros del idioma: Estos señores necesitan un diccionario.

Meliano PERAILE

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Virgen y mártir

«Nuestro virgen de los mártires», de Terenci Moix. Plaza Janés.



La primera novela escrita en castellano por Terenci Moix, publicada a la vez que «Terenci del Nilo» por Plaza Janés. Terenci empezó siendo, hace ya años, el «niño provocador» de las letras catalanas. Moix se inventó el mayo de París antes de su fecha, epató a la burguesía de su tierra, se fue por el mundo, mantuvo con firmeza sus convicciones y costumbres personales y, sobre todo, trabajó, escribió mucho. Todos recordamos, casi con nostalgia, «El día en que murió Marilyn». Recibió premios y honores, y de pronto le dio por traducir a Shakespeare. Por cierto, que con eficacia e incluso, a veces, brillantez. Ahí está «La tempestad», recién estrenada en Madrid. Esta novela que hoy figura entre nuestros «mandamientos» tiene originalidad, garra, un poco de amargura, un estilo limpio y la audacia que ha caracterizado siempre a su autor.

El Goethe de este siglo

«En casa del profeta», de Thomas Mann. Libros D. B. Argos Vergara.



Cuenta Koestler, creo que en «La escritura invisible», quizá su mejor libro dentro de la larga serie de sus memorias, su visita a Thomas Mann en Suiza. Y dice con ironía que el ya viejo escritor daba la impresión al visitante de que se sentía como la encarnación de Goethe. Sin duda hay algo de goethiano en la obra y en la postura de Mann. Lukacs, el teórico marxista, lo ponía de modelo frente a Kafka. Era el último escritor burgués que había conciliado, en su realismo, la tradición de su clase con los tiempos que vendrían. Lo cierto es que Mann vivió la crisis de la sociedad europea justo en el momento en que desembocaba en el fascismo, y supo responderle desde posiciones cívicas ejemplares. En «Libros D.B.» aparecen ahora sus narraciones cortas, sin duda obra menor, pero de indudable interés para completar el perfil del gran novelista alemán.

El honor y la miseria

«La vida cotidiana en la España del siglo de oro», de Marcellin Defourneaux. Argos Vergara.



Marcellin Defourneaux es un hispanista que, si la memoria no me falla, desempeño hace bastantes años un cargo diplomático en Madrid, seguramente el de agregado cultural. Conoce muy bien la historia de España y se ha detenido especialmente en el siglo llamado de oro — y lo es en las letras, las artes y el teatro, sin ninguna duda —, cuyas honduras ha analizado de modo excepcional su existencia cotidiana, tan desconocida bajo los grandes hechos artísticos e históricos. El autor nos revela la presencia en el siglo de un mundo profundamente contradictorio, regido por el concepto radical del honor, atemorizado por la Inquisición y dividido en clases absolutamente antagónicas: nobles y mendigos. Eso, se sabe muy bien, impidió realizar a tiempo una revolución burguesa, y no es extraño pensar que ahí está el origen de nuestros males.

Regreso a la infancia

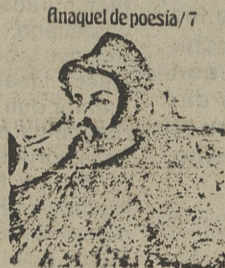
«El gran Meaulnes», de Alain Fournier. Ediciones Anaya.



Hacia falta una edición castellana de hoy: este es un libro clásico, y continúa siendo sorprendente y de una rara seducción. La infancia es la patria, cita de Mallarmé que aquí repetimos con frecuencia, y este es el regreso de Fournier a sus años primeros. Conservan vigencia su confusión adrede entre la amistad y el amor, su crueldad inocente, la fragancia de un mundo que se va inventando. Es la introducción, Silvia Tubert realiza una penetración, en profundidad, en el mundo de la adolescencia, llevando a cabo un estudio breve, pero riguroso, de ese mundo, con un criterio múltiple, sociológico, histórico y psicológico. También se adentra en la amplia producción literaria, dedicada a ese tiempo de formación de un hombre, el nacimiento de la sexualidad y el enfrentamiento con la muerte.

Aforismos juanramonianos

«Mujer y hombre», de Juan Ramón Jiménez. Los libros de Fausto.



J.R.J.
MUJER
Y HOMBRE

Los libros de Fausto

Un buen trabajo de Arturo del Villar, poeta santanderino, abre esta breve colección de aforismos de Juan Ramón Jiménez, una de sus formas expresivas predilectas. Villar nos recuerda su obsesión por ir integrando en libros de pequeño tamaño, temáticamente, los aforismos que escribía, y asegura que hay que terminar lo que el poeta dejó sin hacer. Esta es la labor que realiza: «Mujer y hombre» — escribe — contiene aforismos que abordan temas diversos alrededor de ese enunciado amplísimo de la mujer y del hombre por separado y en sus encuentros, unas veces amorosas y otras de simple relación social. Pero — añade — como era de suponer, Juan Ramón tuvo en cuenta al hombre y la mujer poetas..., porque la poesía estaba presente a cada instante en su pensamiento.»

Para una autonomía

«Aproximación histórica a Castilla y León», de Julio Valdeón. Ambito Ediciones.



Buen camino el abierto por Ambito esta semana, al salir al ruedo librero con varios títulos, dentro de una serie que llevará el nombre de «Castilla y León» y que tratará de fundamentar teóricamente la presencia en el mapa nacional de esta autonomía. Se sabe que existe una polémica — por lo demás, saludable — en torno a la configuración geográfica real de Castilla y León, y que hay en marcha un fuerte «leonesismo» que se opone a esa copulativa que los une administrativamente. La discusión se desarrolla hablando y escribiendo, y este libro de Julio Valdeón, uno de nuestros más destacados historiadores jóvenes, contribuye a clarificar el problema, aunque sea un libro modesto, sin más pretensiones que las de una aproximación histórica a la región común.

Cela, el mejor

«Mazurca para dos muertos», de Camilo José Cela. Seix-Barral.



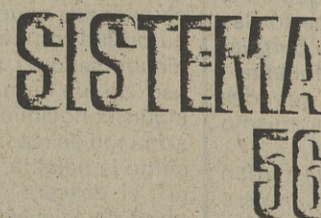
CAMILO JOSÉ CELA
Mazurca para dos muertos



No cabe la menor duda: Camilo José Cela sigue siendo el gran maestro, y su dominio del lenguaje, su concepción de la novela, su inimitable estilo, constituyen una permanente lección. En esta novela, «Mazurca para dos muertos», ficción — o realidad reinventada — que se desarrolla en su tierra gallega, desenvuelve las enormes potencialidades de su método, pone al día su primer tremendismo, con un enriquecimiento de la lengua que lo revaloriza profundamente. Cela sitúa en el trasfondo a la guerra civil y pone en marcha una narración circular, en la que cada página, cada párrafo, tienen valor por sí mismos. Es el Cela lleno de frescura, el del Pascual Duarte y «La Colmena», pero más rotundo, seguramente más barroco, más enamorado de la palabra, dentro de una línea estilística propia cuidadosamente elaborada. Un buen Cela.

Otro sistema

«Sistema 56», septiembre de 1983.



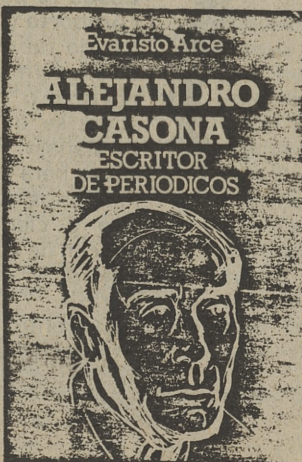
A. VIÑAS: Política de defensa. A. CALSAMIGLIA: La justificación de la guerra. ERNEST LLUCH y LLUIS ARGEMÍ: La fisiocracia en España. M. CONTRERAS: Modelos organizativos en la izquierda. R. MESA: Las relaciones internacionales. E. GARZÓN VALDES: El papel político de las clases medias en Latinoamérica.

ITS SEPTIEMBRE DE 1983
REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

Un nuevo número de la revista «Sistema», (ya ha llegado al 56), publicación que dirige el profesor Elías Díaz, tiene como secretario a José Félix Tezanos y dispone de un consejo de redacción en el que están representadas las muy diversas líneas socialistas. Hay en esta nueva edición un contenido variado en el que destacamos los artículos «Política de defensa», de Angel Viñas, «La fisiocracia en España», (trabajo de Ernest Lluch y Lluís Argemí), «Transformación y crisis en los modelos organizativos de la izquierda obrera: el caso del socialismo español en el primer tercio del siglo XX», y una interesante colaboración sobre el papel político económico de las clases medias en América Latina, original de Ernesto Garzón. Son de gran interés las reseñas de libros, entre las que destacamos las de uno de Tom Bottomore («La miseria de la sociología»), y otro de Estruch sobre el PCE en la clandestinidad.

Un Casona distinto

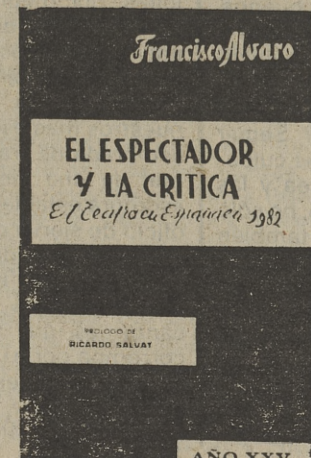
«Alejandro Casona, escritor de periódicos», de Evaristo Arce. Ediciones Elsa.



El asturiano Alejandro Casona, que en medio de tanto clamor se había iniciado en la escena antes de la guerra civil, destacando por su impacto popular su obra «Nuestra Natacha», y que luego se vio obligado a exiliarse por su compromiso con la república (y hay que recordar que regresó en olor de multitud, con estrenos memorables), fue un excelente escritor de periódicos, medio que utilizó con frecuencia. Evaristo Arce, escritor y periodista asturiano, ha estudiado la figura del dramaturgo desde diversos ángulos, incluso el biográfico y el bibliográfico, y en especial en el aspecto que da título al libro. También se recoge en este volumen, que ha editado Elsa, empresa que desarrolla una buena labor de protección a la cultura, una selección de artículos de prensa del autor de «Los árboles mueren de pie».

Enamorado del teatro

«El espectador y la crítica», de Francisco Alvaro, prólogo de Ricardo Salvat. Edición del autor.



Así se comporta el escritor vallisoletano Francisco Alvaro: como un enamorado del teatro. Pacientemente, temporada tras temporada, año tras año, va recogiendo, de modo muy original, las críticas que reciben los estrenos que tienen lugar en Madrid, especialmente con referencia también a los de Barcelona. Alvaro hace dialogar a los críticos, poniendo en su boca párrafos de sus trabajos analíticos sobre las comedias estrenadas. Asimismo Francisco Alvaro realiza una labor personal de fomento del teatro por medio de los premios «El espectador y la crítica», galardones independientes votados en secreto, a los cuales todos los profesionales conceden un especial valor. La edición de este año de «El espectador...» va prologada por Ricardo Salvat, que considera muy justamente la aportación altruista de Francisco Alvaro al mejor estado de salud de nuestro teatro.

Los temas
de nuestro
tiempo

UMBRAL, el último

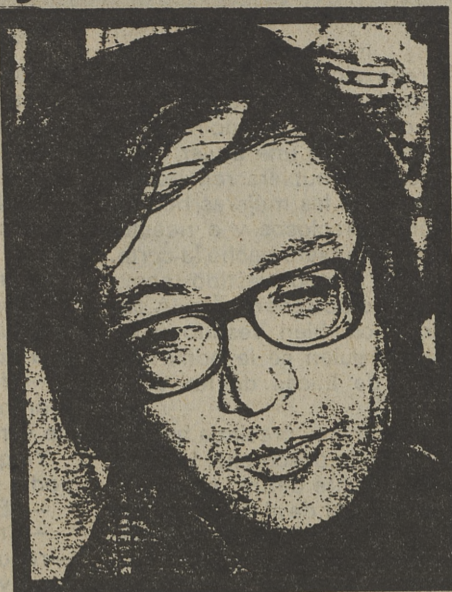
Alguna vez, paseando por la plaza Mayor, Rosales, el Gijón o cualquiera de estos lugares que son ya un poco la mitología literaria de parte de Madrid, cree uno contemplar a lo lejos algunos de los espectros ilustres que de vez en cuando deben, a buen seguro, escapar de los muros de la Biblioteca Nacional y salir a darse un paseo por Recoletos. Entre esos espectros, uno imagina (me digo que serán cosas del humor, o el tráfico, o el verano ya casi fenecido tantas veces) la figura entre negra y esperpéntica de Quevedo, de un Quevedo que bien pudo enmendarle la plana al moralismo de Gracian y que, con absoluta seguridad, no fuera tan enemigo de Góngora como la tradición y la Historia, que el propio don Francisco escribía, nos contaron.

No es este fin del siglo hora de renacimientos o neoclasicismos en desuso. Se impone el barroco, no tanto entendido como una reminiscencia estética de siglos pasados, sino como denominación que guarda su referente en «lo barroco». Sencillamente, porque nuestro «fin de siècle» lo es. Lo desmesurado, lo onírico, lo fatal, lo agónico, lo fantasmagórico o simplemente una mezcla entre Borges y Poe, llenan las calles y plazas, los teatros y las farmacias de viejo, lo rancio y lo vetusto, y todo ello entre misil y polución nocturna amada con la sagrada cordialidad de lo inaudito y lo benéfico. No son tiempos de paz y sosiego (supone uno que ninguno de los tiempos lo ha sido, pero éste, desde luego, no es un ejemplo de lo que aludo). Siendo esto así, encontrarse con un escritor barroco parecería corriente. No lo es. Entiendo que Umbral es quizá nuestro último barroco. No estoy tratando, claro es, de encuadrarle en tendencia literaria alguna. Una de las características del escritor es justamente, ¿cómo llamarlo?, su a-generacionismo; le pasa un poco, como a tantos otros en España, que no acaba de cuadrarle su sitio, su ser en y aquí y cuándo y cómo. El mismo decía esto de Bergamín el día en que, para el escritor del COHETE Y LA ESTRELLA, la tierra abría un hueco, quizá su único lugar al sol, sólo que marcado por el signo artificioso de la eternidad. Pues bien: digo que Umbral es nuestro último barroco.

El Umbral novelista

Posiblemente, en ese sueño o pesadilla a que antes aludía, si un día por cualquier plaza madrileña (pienso en Colón o en Opera) Quevedo se sentase de nuevo a escribir un soneto o un sueño, quizá con uno de los pocos con quien podría entenderse sería con Francisco Umbral. ¿Cuáles son los motivos? No quiero referirme en absoluto al Umbral periodista. Ese es otro terreno distinto al que aludo y, en algún sentido, contradictorio con él. Umbral es uno de nuestros grandes novelistas. Sean y basten como ejemplo de ello sus sensacionales MORTAL Y ROSA, LOS HELE-

CHOS ARBORESCENTES o LAS ANIMAS DEL PURGATORIO, por no citar, como entiendo que corresponde, sus GIGANTEAS o EL HIJO DE GRETA GARBO, entre otras. Entendámonos de una vez: a quien escribe mucho y bien en este país se le ha acusado siempre de impostor, sacrilego, usurpador de mil y un tesoros perdidos o cosa parecida. El caso de Umbral no ha sido distinto a la suerte de tantos y tantos que, profanados por unos, envidiados por otros, villipendiados por quienes sean, afortunadamente pese a ellos han seguido escribiendo. La prosa, la narrativa de Francisco Umbral es una recreación/reencarnación de las formas, modos, giros y maneras del barroco. Su expresionismo fiero y demoledor, su ácido y cáustico sentido de lo real, lo político y lo moral, se unen a un manejo espléndido de la adjetivación y a una recreación no exenta de cierto lirismo de la jerga, el lenguaje popular, marginal, digamos pasota o si se quiere, como mayor concreción lingüística, «habla» real de parte de la calle. Francisco Umbral ha sido un gran renovador del castellano moderno. La razón estriba en que él, mejor que otros, ha sabido introducir en su novelística toda una lengua hablada, medio aprendida, medio oculta, desprestigiada al ser calificada como «barriobajera» o cosa así. Y en este sentido formal-lingüístico al que aludo, es un barroco. También Quevedo o el mismo Gracian lo fueron. El lenguaje, decía Mairena, lo hace el pueblo, y, añadía, todo lo que no ha sido hecho por él no vale la pena. Aquel condenado y lúcido retórico le llevó a decir a Machado quizá una de las pequeñas «verdades» con mayúscula. Claro, o apostilla Miller: «Lo que no está en plena calle es falso, inventado; es decir, literatura.» El lenguaje no está en absoluto en las abigarradas entrañas de la Biblioteca Nacional, o en las actas de sesiones de la Academia, o en los diccionarios de autoridades. En estos mausoleos de la lengua viva sólo se van conservando y archivando, por desgracia, palabras y usos que ya no corresponden en absoluto a los usos y modismos de la calle. Saussure nos enseñó, o lo que fuera, la diferencia entre «parole» y «langue».



Pues bien: en el caso del barroquismo, la desmesura y el expresionismo de Umbral, éste ha sabido introducir el lenguaje «lumper/fin-acabamiento industrial/cheli/groso modo moderno/ácrata sin reivindicaciones marcusianas o pegamoide musical castizo» que uno puede y a veces habla cuando las palabras cultas o, digamos, normales dejan de cobrar sentido y referente con respecto a la supuesta realidad que nombran. El lenguaje cambia porque cambia el mundo. El mundo cambia porque el lenguaje que le nombra varía y se transforma. Umbral, el barroco, lo ha sabido ver así, y el escritor ha convertido en literatura lo que antes era considerado normalmente como una «sórdida» jerga de progresía arruinada o de mucho marginal biempensante y en secreto idilio «porro/decibelio almidonado con rock duro».

Un barroco en los temas

Por otro lado, Umbral es un barroco en los temas. Sus constantes vueltas y revueltas sobre la infancia, la generación, la ciudad, el franquismo, están llenas de una melancolía y una angustia que quizá tengan su origen, a buen seguro yo creo, en el acto infrecuente, pese a lo cotidiano, de la vida. Habrá que ir pensando en serio que lo que no tiene remedio es vivir, y, en consecuencia, el narrador, que no es otra cosa que alguien a quien la vida le supera por todos los lados y, quizá por ello, necesite, como bien vio Carmen Martín Gaité, inventarse un cuento posible, creíble y deseable, con el cual frenar un poco el absurdo y el sinsabor cotidianos. El cuento de Umbral es Umbral. Lo barroco llega en él hasta haber asumido el lenguaje, la temática y la pose de su seudónimo. En DICCIONARIO CHELI se

dice que triunfar es conseguir eso, un seudónimo. Cioran apuntaba al respecto que «llevar un nombre es reivindicar un modo exacto de hundimiento». Pues bien: Umbral ha conseguido ya crear la suficiente mitología como para que ambas cosas sean posible sin excesivos riesgos personales, profesionales o estéticos.

Obsesionado por el absurdo

Lo exuberante, lo profano, lo pornográfico, el erotismo un poco maldito, a lo Baudelaire y Rimbaud, a lo Verlaine, incluso a lo «ultratumba», tienen para el escritor un lugar preferente, porque son un derroche, un exceso, algo inútil y, en cierto sentido, una venganza de la propia Naturaleza. Umbral ha estado obsesionado frecuentemente por el absurdo que supone, por ejemplo, una sexualidad que se interesa básicamente en conseguir reproducir y transgredir, expandiéndolo, el mutismo general y simbólico del mundo. El erotismo, como el placer, el goce, el sacrilegio o el crimen, son justamente, «batailleamente», una experiencia del límite. El lenguaje cuasi poético con que la novelística de Umbral trata el tema corresponde también a su búsqueda de una marcada expresividad de carácter barroco que pueda dar cuenta de lo desmesurado y lo fatal, de lo inaprensible, pero presente, y de lo cómplice y lo efectivo. Narrar el sexo es hacerlo brotar en la lengua. La literatura se convierte así, para el narrador, en un gesto mítico que pretende solazar y hacer surgir del irrevocable vértigo de lo telúrico un rayo de luz, de plácidez o de añoranza. Esa fuerza engendradora y dadora de placer será denominada, tendrá nombre, cosificación y lugar, y al dárselo, al encerrarla dentro de los estrechos límites de nuestra referencia y de nuestros mitos, conseguiremos aplacar toda la trayectoria sensorial y mágica de lo inconmensurable. Hacer el amor hasta con un ánima del purgatorio, porque quizá sea eso lo único que quepa hacer incluso con ellas, con las ánimas, tanto femeninas como masculinas. Y después, trascenderse, callar, redactar el consabido artículo cotidiano, la consabida pirámide poderosa y terrible que, como un caimán nocturno, roba algo del novelista, del narrador Francisco Umbral, a la vez, cómo no, que le proporciona tema y referente. Lo hemos dicho: Quevedo encontraría en la literatura umbraliana algo de lo que la propia literatura de Quevedo suministró, vía Larra, al mejor gesto, al ácido, triste y delicado carisma del barroco castellano: su irremplazable amor por la muerte, su muerte misma.

JOAQUIN CALOMARDE

barroco

Cartas son cartas

Carta
abierta
a
Eduardo
G. Rico

Mi admirado crítico:

Antes de nada, quiero expresarle mi más sincero agradecimiento por la constructiva crítica de «La risa está servida», revista estrenada recientemente en el teatro La Latina y de la que soy coautor con Andrés Pajares. Le prometo solemnemente que en el próximo «engendo» o «bodrio» que escriba, que será afortunadamente para mí muy pronto, solicitaré su inteligente colaboración, para que me «eche una mano» en el refinamiento y «acabado» de los «sketchs» y al mismo tiempo participe usted, en un justo porcentaje, de las 150.000 pesetas diarias, que como derechos de autor, nos está produciendo el «espectáculo horrendo». Este dato puede confirmarlo en la Sociedad General de Autores de España a la que, con orgullo, pertenezco.

Haga un esfuerzo, don Eduardo, y piense, aunque sea sólo por una vez. Que «La risa está servida» no esté «parida» para que le guste a usted, que como «crítico» entra en los teatros sin pagar, sino para los espectadores que pasan por taquilla y compran sus entradas. Con el dinero que gastan los críticos en teatro los pobres autores nos moriríamos de hambre. Créame.

Referente al «sketch» del «pedo» debo decirle, don Eduardo, que está inspirado en una pieza teatral de Aristófanes y supongo que el señor G. Rico sabrá quién era Aristófanes. Le puedo facilitar, si lo desea, el texto

y cuantos datos precise sobre el mismo. ¡Hay que leer más a los clásicos! Por lo tanto, aunque me aconseje, cosa que agradezco, suprimir tan discutido «sketch», y aunque me lo aconsejara mi padre, que es un señor tan fino o más que usted, no lo haría, porque precisamente es con el que más se ríe el público, como pudo comprobar personalmente. Así es la vida y así es este género, don Eduardo.

En cuanto al resto del «horrendo espectáculo» o sea, coreografía, vestuario, luminotecnia, música, actuación de magníficos actores y sobre todo la «genial» intervención, reconocida por el público, de Andrés Pajares, me hace suponer que el admirado crítico o no asistió al estreno, y escribe de oído, o se durmió por haber tomado algún somnífero, o necesita graduarse las gafas, para no «ver» nada positivo en él, y lo siento por usted, porque podía haber pasado un par de horas divertidas como han hecho los ocho mil seiscientos cuarenta y dos espectadores que en estos ocho días han acudido al teatro.

Y nada más. ¡No vaya por la vida con esa cara, don Eduardo! ¡Sonría, por favor y cuídense ese hígado! ¡Que usted vale mucho, nene!

Con mis más respetuosos saludos, su admirador y amigo, si usted quiere,

Enrique Bariego

Nota de E. G. R.—Su carta, señor Bariego, constituye un buen ejemplo de las dotes para la ironía que, sin duda, le adornan. Me encanta que, buenos o malos, los autores —y los comerciantes, empresarios, menestres y gentes de cualquier profesión u oficio— ganen dinero. Aunque no sea un síntoma de salud teatral que lo gane usted, y en tan gran cantidad. Reconoce usted que se ha «inspirado» en Aristófanes. Imperdonable, señor Bariego, que haya maltratado a un clásico sin entenderlo. Hasta los plagios hay que saber hacerlos. En cuanto a mi hígado, no se preocupe, por favor. Se encuentra en bastante mejor estado que su gusto. Y no se enfade porque los críticos no paguemos. La próxima vez deme usted de baja en el «corte». Acepto su irónico ofrecimiento de amistad. Hay que tener amigos hasta en el infierno. Si gana tanto dinero —que es lo que quiere—, recobre la serenidad.

El cuento
de
la semana

Algunas lágrimas en el vino tinto

Por
Françoise
Sagan



UNA hora... Le doy una hora. Una hora de retraso es lo máximo que una mujer puede soportar. Una mujer como yo, en todo caso. Una mujer felizmente casada, hermosa, considerada bella, deseable, deseada. Una mujer deseada por decenas de tipos... de los cuales puedo mencionar seis. Una mujer con un sombrero encantador y zorros encantadores, que espera desde hace media hora sentada en un banco de piedra, en una plaza de París, a un hombre impuntual, es algo vergonzoso, inconcebible. Es grotesco. Soy hermosa, elegante, deseada y grotesca, pero dentro de una hora y media todavía estaré aquí y, si él persiste en su retraso, pisotearé mi horrible sombrero y dejaré a estas cochinas pieles en este banco. Y, si él persiste en su retraso, cuando llegue me desnudaré en esta plaza y le seguiré a pie por toda la ciudad.

Y si no viene, me mato. Vuelvo a casa, le doy un beso a Henri, pongo el sombrero sobre la cama (ya que trae mala suerte) y pongo los zorros en una percha (puesto que soy ordenada por naturaleza). Luego tomo, en mi baño encantador, el frasco escondido detrás de los cosméticos, lo vacío en mi mano, y tomo esos comprimidos amargos y blancos, uno por uno, con agua tibia. La cantidad necesaria. Ni poco, ni mucho. No voy a hacer el ridículo de fallar. Ya es suficiente ridículo amar ridículamente, y vivir ridículamente, pero quiero morir sin comicidad. Ya no tengo humor. Amor sí, con una gran «A», pero la «H» mayúscula y la «u» de humor se fueron por la ventana desde hace tiempo. Desde Bernard Faroux.

¡Bernard Faroux! ¡Qué nombre!... sin encanto, sin nada. Cuando pienso que yo era Roberta Durieut, una mujer felizmente casada, elegante, deseable, deseada, etc. Una mujer que no conocía a Bernard Faroux. Y ahora, desde hace seis meses, soy una piltrafa que conoce a Bernard Faroux. Bernard Faroux, que trabaja en seguros, que no es especialmente guapo, ni especialmente inteligente, que es pretencioso, egoísta y patán —puesto que lo espero desde hace diez minutos—, y al que amo. Esperaré una hora, ni un segundo más. Por otra parte, está anocheciendo; este banco está helado; esta plaza está desierta. Podría ocurrirme cualquier cosa. Podría ser atacada por cualquiera, por ese vagabundo, por ejemplo, que llega con su bolsa, su delgadez y su mugre. Ni siquiera es viejo podría muy bien retorcerme el cuello. ¿Pero qué está haciendo? ¿Se sienta en mi banco? ¡Es el colmo! Debemos ofrecer un espectáculo..., yo, con mis zorros; él, con esos andrajos. Esto va a hacer reír burlescamente a Bernard. Si es que viene.

Lucas Dudevent, conocido con el nombre de «Lulú», estiró las piernas con sumo cuidado y suspiró complacido. Había visto bien; aparte de la pécora con sus zorrillos, el banco estaba libre. Se había vuelto un infierno el encontrar un banco tranquilo. Apenas llegado el buen tiempo, todos los ciudadanos sin coche invadían los bancos de Lucas, sus fieles bancos lisos y desnudos en invierno, y se apoltronaban durante horas, se besaban con pasión, leían libros y, a veces —era lo peor—, vigilaban a mocosos gritones que le miraban con mala cara. Pero ahora era de noche y, en esta plazoleta siniestra, este banco de piedra, tan dura, desanimaba a los burgueses, llenos o huesudos. Salvo a esta morena. Era realmente bella esta morena, bajo su

sombrero. Miraba sin descanso hacia la avenida, indudablemente esperaba a alguien... ¡Había que ser un cretino redomado para hacer esperar a una mujer como aquella! Si Lucas no hubiera renunciado desde hacía tiempo a las mujeres hermosas, a los coches preciosos y a nuestra bella civilización, le hubiera hecho la corte. Y si no hubiese estado vestido como estaba, hubiera podido tener éxito. A los treinta y ocho años, bien vestido y en forma, tumbaba a quien se le ponía por delante, el bello de Lucas de los años sesenta.

Abrió el morral tomó su preciada botella llena hasta el borde, la descorchó, levantó el codo, pero de repente detuvo su gesto. Los hombros de la mujer de al lado estaban sacudiéndose a causa de unos sollozos silenciosos pero violentos, horribles; y Lucas, aun pesándole, le tendió su preciada botella. El vidrio tintineó sobre el banco; la mujer se volvió, y Lucas la vio de frente; vio dos ojos claros, brillantes tras el velo, ojerosos por el maquillaje y la pena, ojos desbordados de lágrimas redondas e irreprimibles. Ambos se contemplaron un largo instante, mirada azul y mirada negra, mirada desconsolada y mirada compasiva. Pero ella pareció despertarse, murmuró «gracias», tomó la preciada botella de Lucas y bebió un gran trago antes de devolvérsela. Sus lágrimas se detuvieron de inmediato. Recobró su color, casi sonrió, y Lucas constató una vez más con orgullo los inefables beneficios del vino tinto.

—Sienta bien, ¿verdad? —preguntó con todo el orgullo del avezado bebedor.

—Mucho —dijo ella sacando un pañuelo de su bolsillo.

Se sonó, y con tanto vigor que el ruido la sorprendió a ella misma. Echó una

ojeada de disculpas hacia Lucas, pero éste, caballero hasta el fin, bebía a su vez sin aparentar oír otra cosa más que el delicioso canto del vino en sus venas.

—¿Qué marca es? —preguntó ella.

—No sé —respondió Lucas, limpiándose la boca en la manga—. En todo caso tiene trece grados. Lo compro en casa de mi camarada Dober. ¿Quiere un poco más? —propuso cortésmente, pero sin ningún entusiasmo, pues de hecho, contaba con esa botella para la velada.

—No, no, muchas gracias —dijo la morena con tacto—, pero me ha entonado de verdad. Lo necesitaba...

Ya que ella aludía a sus lágrimas, Lucas podía preguntar por la causa:

—¿Está melancólica o la plantaron?

—Creo que me han dejado plantada —repuso ella—. Hace una media hora larga ya...

—Es un estúpido ese tipo —dijo Lucas con firmeza—. Un solemne estúpido, si me lo permite.

—...pero no le esperaré más de una hora —continuó ella con voz alta—. Eso me lo he jurado. A las seis menos un minuto me levanto; vuelvo a casa y... y sanseacabó.

—En su lugar —comenzó Lucas—, yo... Bah, además...

Hizo un gesto vago con la mano, su cara se volvió pensativa, «y casi guapa», pensó Roberta.

—¿En mi lugar? —continuó ella.

—No es de mi incumbencia —dijo Lucas—, pero esperé a mujeres, en otros tiempos, y cada vez que excedía de una hora y cuarto, la cosa terminó mal... Para mí, quiero decir.

Ella le miraba fijamente.

—¿Y de lo contrario?... ¿Y cuando usted se iba... antes?



—Cuando me marchaba antes era porque había podido hacerlo —dijo Lucas mirándola a su vez—. Eso lo comprendían de inmediato, y después acudían en seguida.

Hubo un silencio ensimismado. Roberta y Lucas parecían el grupo alegórico de un filósofo y su discípula. Ella miraba sus pies y luego la avenida. Como distraídamente, tendió la mano hacia Lucas, quien, resignado, le entregó la botella. Sentía una responsabilidad moral. Ella bebió un gran trago, notó él con tristeza, y se limpió la boca en su manga cubierta con la piel lujosa con el mismo gesto que él.

—¿Y una vez que ellas habían vuelto a atraparlo? —preguntó con una voz vacilante.

—En ese momento ya había vuelto a casa —dijo Lucas riendo a pesar de él (ya que le faltaban tres dientes delanteros, y eso le molestaba ante su nueva conquista) —. Y en casa estaba la «Clopinette» que me ama —acabó breve sino gramaticalmente—. Entonces...

Hubo un gesto vago con ese «entonces», pero que significaba tan claramente: «Entonces, una vez bien abrigado, bajo mi puente, con la 'Clopinette'...», que Roberta se sintió invadida por el mismo pensamiento: «Entonces, una vez a cubierto, en casa, en la avenida Paul Doumer, con Henri...»

Se levantó lentamente, se sacudió. «Es una mujer soberbia», pensó Lucas, «bien hecha, y todo...».

—Me voy —afirmó— a mi casa.

—¿Pero todavía no hace una hora, verdad? —dijo Lucas con los párpados fruncidos por la risa.

Se sentía contento y bromista. Se iba a quedar allí para ver llegar al tipo. Pensaba pasar un buen rato. Hacer llorar a una mujer con unos ojos de este color, eso se paga.

—No —dijo ella riéndose a su vez—. No, no ha pasado una hora. No importa, yo... Hasta pronto, señor. Gracias por el... Gracias por todo.

Tuvo un gesto con la mano que designaba a Lucas e incluso a la botella, lo cual alarmó un poco a su propietario. Pero ella ya se inclinaba, ponía sus dos manos cálidas sobre las manos de Lucas, las apretaba un poco y se iba. Desapareció por la avenida «justo a tiempo» pensó Lucas al ver llegar, tres segundos después, a un hombre joven, irritado e impaciente, que trino junto a él durante toda la media hora siguiente.

Bernard Faroux estaba tanto más irritado porque la realidad era que había quedado atrapado en un embotellamiento.

Pero así como nunca hubiera pensado en disculparse por su retraso, nunca hubiera pensado que Roberta podía dejar de esperarle; ella, en lugar de aquel vagabundo débil que reía solo sentado en el banco. Sintió despecho, muy pronto; dudas, luego, y amor, casi de inmediato. Pero Roberta no lo esperó nunca más en ninguna parte. Dios sabrá por qué, Roberta ya no lo amaba.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado
por Manuel F. MOLES